

EL SEÑOR HIGINIO

Por este nombre le distinguió la gente a la que pareció poco llamarle Higinio y mucho llamarle don Higinio.

Por otra parte a él le daba un ardite de todo ello, pues tuvo una formación áspera y dura desde su aparición en el mundo y gracias a ello subió hasta plantearle a las gentes ese dilema en el cual palpitaba el reconocimiento, el respeto y el aplauso.

Antes fue Higinio Engalgaliebres, apodo cabal que heredó de su padre que fue el verdadero Engalgaliebres, figura agalgada, curva, como engatillada, a lo Estrella: incansable en los campos a surco atraviesa. Silvestre, en su oficio de sepulturero logró gran paciencia y conformidad, colmadas hasta el summun en el ejercicio de la caza y en las estrecheces de una vida pobre. Su figura en las altas horas de la noche, con la tumba de recoger cadáveres cuando ocurría alguna desgracia, era verdaderamente siniestra, pero Higinio tuvo la suerte de caer en las manos rigurosas del señor Bernardo y que le aplicara la escofina continuamente, creciendo a su alrededor y que le hiciera pasante de su escuela cuando aquella estaba de bote en bote y se llevaban las cosas como en los cuarteles, con rigidez inexorable.

En el fascículo doce hay una breve síntesis de lo que fue su labor y de lo que fue su escuela en el florecimiento de la placeta de Palacio. A ello remito a los lectores e incluso a los familiares que deseen información, pues en la biblioteca lo encontrarán todo.

Aquellas escuelas en las que tantísimo se trabajó de día, de noche y entre dos luces, no eran suficientes para vivir y el señor Bernardo fue alguacil del Juzgado toda su vida, luego de abandonar su primitivo oficio de Cardador de donde le venía el nombre de "el señor Bernardo el Cardaor". Higinio para parecerse en todo a quién lo formó fue sereno muchos años y por último cabo de los serenos hasta el final de su vida. Ambos cargos resultaron favorecidos y ellos también beneficiados de la disciplina con que se veían obligados a vivir para mantenerse firmes y no faltar a ninguna de sus obligaciones. No pocas mañanas me encontré en su casa cuando Higinio se levantaba al ruido de los primeros chicos que llegaban a la escuela y que fue casi tan numerosa como en la que él aprendió en la calle del Cristo Zalameda. Higinio se había echado a descabezar el sueño ya de día, dejando el chuzo con el farol, el capote y la gorra de galón al pie de la cama. Salía poniéndose la chaqueta y como de mal humor. Su vida no era cosa de broma y yo creo que no se le vió de reír ni en el zurra de los domingos que celebraba con la cuadrilla de Chavicos, el jaro Fafá, Churrín, el bizco Lañas, Capacheja, el Angel Alvarez el de Jonás, el Coso, padre de Pitoto, él, Engalgaliebres, y algún otro como el valenciano, el carpintero, etc.

Se casó con una de Doroteo, el campanero de San Francisco —(Doroteo, cojo, manco, calvo y feo)— y mira por donde hallamos ahora a Hi-